GLORIOSA DEFENSA

DE LA

CIUDAD DE PUERTO-RICO

DURANTE EL ASEDIO BRITÁNICO

QUE SUFRIÓ EN 1797.

POEMA

DE

Don Juan Manuel Echeverría,

DE LA ACADEMIA REAL DE BUENAS LETRAS

DE PUERTO-RICO,

Á QUIEN SE ADJUDICÓ EL PRIMER PREMIO

OFRECIDO POR LA MISMA.

1851.

1897.

Imprenta del Boletín Mercantil.



CANTO 1º

Objeto del Poema.—Invocación.—Estado de España antes de la guerra.—Motivos de ésta.—Hostilidades.—Albercombry.—Castro.—Preparativos de defensa.

Aquel triunfo sublime y portentoso
De que el Caribo (1) con razón blasona,
Porque un lugar le conquistó glorioso
Entre los fuertes hijos de Belona,
Cuando al inglés en cerco rigoroso
Disputó del valiente la corona,
Es el asunto que en mi lira canto,
Si mi atrevida musa puede tanto.

¡ Arcángel tutelar de nuestro suelo !
! Tú, que riges y velas sus destinos
Desque su guarda encomendara el Cielo
A los cuidados de tu amor divinos,
Y con tierno, solícito desvelo
Le colmaste de bienes peregrinos,
Dando á su campo producción opima,
Eternal primavera y dulce clima !

¡Tú, que grabaste en mármoles y bronce
Con buril de diamantes las hazañas
De Colón y Cortés, Pizarro y Ponce,
Cuando, venciendo las marinas sañas,
La América encontraron, y de entonce
El ínclito pendón de las Españas
Unió con lazos de amistad profundos
Del mismo hablar y religión dos mundos:

Cúbreme con tus alas protectoras;
Vibren al soplo que tu boca exhala
Las cuerdas de mi cítara sonoras
Con dulces voces de pomposa gala;
La inspiración, las frases seductoras
Dame que dieras al cantor de Atala!
¡Ven, oh númen de un pueblo generoso,
É inspírame tu acento melodioso!

Carlos cuarto ceñía prepotente
De Recaredo la diadema hermosa;
Libre España, feliz, independiente,
Alzaba ufana su cabeza airosa;
Sacudía el león gallardamente
La rizada melena majestuosa
Sobre dos hemisferios, y en el paso
De sus pueblos el sol no hallaba ocaso.

Buscaban su alïanza las naciones,
Inspiraba terror á sus rivales,
Orgullosa engreía sus pendones
Cargados de trofeos inmortales;
Cruzábanse en los mares sus galeones

Preñados de finísimos metales
Que la América enviaba en homenaje
De su nunca mentido vasallaje.

Las letras circundadas relucían
De aureola de fulgores soberanos;
Campomanes, Meléndez florecían,
Moratín, el de Aranda, Jovellanos;
Todo auguraba en fin que volverían
Aquellos tiempos de ventura hispanos,
En que un César trocó cetro é imperio
Por el de Yuste obscuro monasterio.

En alas de la paz y bienandanza
Así marchando la Nación Ibera,
Ver perturbada la feliz bonanza
De su cielo purísimo no espera:
Mas ¡guay! que allende el mar en lontananza
La tea de la envidia se encendiera,
Que la celosa Albión se sobresalta
Al mirar otro reino que se exalta.

Alevosa, con fútiles pretextos,
Las naves castellanas ultrajaba,
Sus puertos al comercio hizo funestos,
Nuestra industria su fraude aniquilaba;
De rebelión los gérmenes infestos
En los dominios de Ultramar sembraba,
Con vejámenes otros infinitos
Que la historia imparcial nos dejó escritos.

Al sentir el dolor de tanta herida,

Que cual víbora audaz le hizo Inglaterra,
A vengar sus agravios decidida
La noble España, á quien la lid no aterra,
Un esfuerzo valiente hizo de vida,
Y dió principio á la sangrienta guerra
En que tuvimos triunfos y reveses,
Y reveses y triunfos los ingleses.

Ellos, del mar señores poderosos,
Las costas de la América infestaron;
Sus navíos de guerra numerosos
A las de Guatemala hostilizaron;
Pero sus moradores valerosos
Con insólito ardor los rechazaron,
Llevándose, por prez de la jornada,
La mengua de una fuga atropellada.

De Trinidad los hijos no lo mismo
Pruebas con ellos de nobleza dieron;
A la voz del honor y patriotismo
Para eterno baldón sordos se hicieron;
Rindiólos la codicia y egoismo;
Al combate la afrenta prefirieron;
La cerviz humillaron ante el yugo,
Y besaron la mano del verdugo.

Con tan innoble triunfo envanecidos,
Otra joya más linda codiciaron
Y de naves sesenta prevenidos
Sus proras hácia ella encaminaron,
En la torpe confianza remecidos
De que el día felíz que ambicionaron

Llegó por fin á la anheladada empresa
De hacer á Borinquén colonia inglesa.

A bordo de la régia capitana,
En su cámara de oro y sedería,
Fijaba un hombre la mirada ufana
Por sobre un atlas que extendido había,
Y en esa isla de la mar indiana
La punta del compás siempre ponía,
Y sonriendo después: "cosa es segura,
Clavaré en ella mi pendón," murmura.

Era Albercombry (2) de espaciosa frente,
De ojo chispeante y de mirar ceñudo,
Adalid de renombre entre su gente
Por su valor y su talento agudo;
Rubio el cabello, el labio prominente,
La edad casi senil, y el pecho mudo
A sentimientos dulces, la fiereza
Pareció ser en él naturaleza.

Recostado después en almohadones
De muelle pluma y de algodón indiano,
Revolvía tal vez meditaciones
De mal augurio en su cerebro insano,
O más bien placenteras ilusiones
La soberbia halagaban del anciano,
Hasta que al fin se adormeció al arrullo
De la ambición y del inglés orgullo.

Y soñaba que, en dulce bienandanza,
Hendiendo el mar sus poderosas quillas,

Descubría por fín en lontananza
De Borinquén las mágicas orillas,
Y que excedía tanto á su esperanza
Ese rico joyel de las Antillas,
Que en su loca ilusión jamás pensara
Que tan risueño Edén allí se alzara.

Edén que ya era suyo, pues apenas
Extendía su brazo ponderoso,
Las náyades caribas, las sirenas,
Aclamaban á Jorge poderoso,
Y abatidas al polvo sus almenas
Abrían paso al triunfador glorioso,
Brindándole tan fácil su conquista
Como el cierzo quebrar frágil arista.

¡ Ilusión, ilusión hija del sueño,
Que, extraviando su loca fantasía,
No le dejaba ver que el borinqueño
Desconoce rival en valentía;
Ni sospechaba el generoso empeño
Y el arrojo inmortal que mostraría
Defendiendo su culto y sus altares,
Sus leyes, sus costumbres y sus lares!

De sus pueblos estaba á la cabeza
Invicto jefe, militar severo,
De sin igual tesón y fortaleza,
Bizarro paladín, buen caballero
Lleno de majestad y de nobleza,
Tipo glorioso del soldado ibero,
Émulo de Guzmanes y de Cides,
Dulce en la paz, intrépido en las lides. (3)

Burgos cuna le dió, la que blasona
De haberla dado al de Vivar famoso;
En su regazo le arrulló Belona
Y le inspiró su aliento generoso;
Adolescente aún, bella corona
Ornó sus sienes de laurel hermoso:
Su numen fué el honor, su fe, su astro,
La gloria su ambición, su nombre Castro.

Percibe apenas la fatal noticia
Que de la guerra le anunciaba el duelo,
Bendijo al hado que ocasión propicia
Dábale así de desplegar su celo,
Su pátrio ardor, su militar pericia,
Defendiendo á Carib con el anhelo,
El heróico valor y el entusiasmo
Que fué en Tarifa de los moros pasmo.

Sobre bayo corcel que en las praderas
Nació de Puerto-Rico, y no envidiara
Al que Betis soberbio en sus riberas
De aljofarada yerba apacentara,
Tremolando en su mano las banderas
Que el inglés orgulloso desafiara,
Al soldado las muestra, que segura
Ya desde entonces la victoria augura.

Hélo, hélo allí; solícito, afanoso,
Ya levanta un reducto, ya una torre,
Ya aparece en el muro, ya en el foso,
Ora del puerto la extensión recorre;
Revista sus soldados animoso,

Va, viene, vuelve, se detiene, corre,
Sin dar descanso en tan sublime empeño
A sus fatigas ni el preciso sueño.

No teme un punto la marcial campaña,
Antes, ardiendo en entusiasmo vivo,
De la escuadra potente de Bretaña
Ansioso espera el anunciado arribo,
Para mostrar al mundo á cuánta hazaña
Puede dar cima un corazón altivo,
Cuánto sabe arrostrar y cuánto emprende
Un pueblo grande que su honor defiende.

CANTO 2º

Arribo de la escuadra.—Zozobra del pueblo.—Parlamento.—Entusiasmo general.—Desembarco.—Combate.—Héroes.

Sonó la hora fatal: de luces lleno
Un día fué de primavera hermoso;
Del vasto mar el cristalino seno
Se aprestaba á dejar el sol radioso;
El cielo estaba límpido y sereno,
El céfiro suavísimo, oloroso,
Verdes las cumbres de los altos montes,
Y sin nieblas también los horizontes.

Del alba los crepúsculos bermejos
Y nítidos fulgores se eclipsaban,
Del nuevo día espléndidos reflejos
A iluminar el éter comenzaban,
Cuando naves se vieron que, á lo lejos,

Sus mástiles y velas asomaban
Al través de una atmósfera sin bruma,
Cual níveas moles de salada espuma.

¡El inglés, el inglés! cien voces gritan
De agitación y sobresalto llenas;
Todos los pechos laten y palpitan,
Hierve la sangre en las cerúleas venas;
Todos en confusión se precipitan
Á las torres y altísimas almenas,
Observando de allí con ánsia muda
Para salir de la terrible duda.

Al suave impulso de propicio viento
La flota en tanto hácia la playa avanza,
Ráuda surcando el húmedo elemento
En alas de fatídica confianza.
Se acerca más y más cada momento,
Ya tan próxima está, que á ver se alcanza
En sus cofas y vergas los grumetes,
Y en sus topes los regios gallardetes.

La zozobra se aumenta; pero, ufanos,
Se miran ya ondear los pabellones.
Esto es hecho, gran Dios! de los britanos
Son las fuertes belígeras legiones.
La muerte y destrucción viene en sus manos,
La destrucción y muerte en sus cañones;
Es el leopardo, que se arroja fiero
Á rasgar las entrañas del cordero.

De tirana opresión la desventura,

Los errores, el cisma, la herejía;
Del sátrapa oriental la mano dura,
Del protestante la creencia impía,
Tal es la suerte que esa flota augura
A Carib bienhadada hasta ese día.....
¡Tres centurias de dichas y contento
Pretenden abismarse en un momento!

¿Tu heróica decisión, en tanto apuro,
Vacilar sentirás, ilustre Antilla?
¿Se eclipsará de honor el astro puro
Que hace tres siglos en tu cielo brilla?
¿O, aunque débil, blandiendo el hierro duro,
Preferirás la muerte á la mancilla?
¿Harás digno tu nombre de la historia,
O quedarás del mundo vil escoria?

Mas nó, que de valor y de hidalguía
Siempre fué tipo la candente zona:
De Borinquén la innata bizarría
Su proceder en el conflicto abona;
La rica, la lujosa pedrería
Jamás empañará de su corona,
Y pensar que su honor dejará inulto
Es hacer á su honor un grave insulto.

De un lado está la gloria en el combate,
Vilipendio del otro, mengua, afrenta:
¿Cuál corazón, si generoso late,
Habrá jamás que vacilar se sienta?
La inminencia del riesgo no le abate,
Ni el temor de la muerte le amedrenta:

En la lid desigual tal vez sucumba;
Pero de rosas se abrirá una tumba.

Tal es el voto universal; risueño
Si su semblante les mostrare el hado,
La patria salvará su noble empeño,
Y renombre inmortal habrán ganado:
Y si les es contrario, eterno sueño
Durmiendo ya, de su país amado
La ruina no verán y los horrores......
Mártires de la patria ó vencedores.

Sube el sol al zenit; cual numerosa
Bandada de gaviotas, que se mece
Sobre las olas de la mar undosa,
La británica escuadra así aparece;
Después de giros varios, presurosa
Se dirige á la orilla, que le ofrece
Fácil abrigo que á sus naves basta
Del Boquerón en la ensenada vasta.

Rápido bote hácia los muros viene
De iguales remos al empuje blando,
Que de los fuertes el cañón contiene
Parlamentario signo tremolando;
Recostado en su popa se mantiene
Un oficial del extranjero bando
Con los cabellos y bigotes rojos,
De erguido talle y centellantes ojos.

De su torvo mirar y faz siniestra
Que es un heraldo de baldón se infiere:

Del noble jefe de la plaza nuestra
Ser conducido á la presencia quiere
Y un pliego del inglés pone en su diestra,
¡ Maldición á su nombre !, en que requiere
La rendición cobarde de la plaza,
O convertirla en ruinas amenaza.

Semejantes propósitos leyendo,
Que infieren á su honor tan grave ultraje,
El español caudillo, reprimiendo
La explosión del justísimo coraje,
Mas las pupilas en furor ardiendo
Así responde al pérfido mensaje :
" Sepa Albercombry que jamás un Castro
Dejó en su fama ignominioso rastro."

" Pocos son, en verdad, mis veteranos (4) ;
Mas cuento con un pueblo generoso
Que, antes que sucumbir á los britanos,
Su sangre toda verterá gozoso,
Y, cual pueblo de bravos espartanos,
Defenderá la Patria valeroso,
Sosteniéndola fiel sobre sus hombros,
O con ella cayendo en sus escombros.

" Así decid al amo que os envía
Que abunda Puerto-Rico en pechos leales
Que anhelan conquistar con bizarría
Coronas y trofeos inmortales.
Y si su planta por desgracia un día
De Borinquén profana los umbrales,

Es que en sus muros, y esto no le asombre,
No queda ya con vida un solo hombre."

Dijo, y las ígneas órbitas volviendo
Al pueblo que extasiado le escuchara:
"Al combate, á la lid, siguió diciendo,
Progénie ilustre de una estirpe clara:
Pocos sois, y ellos muchos; mas comprendo
Que más gloriosa siempre y más preclara
La victoria será, cuanto más grave
Fuere el peligro que arrostrar se sabe."

"Pocos eran también los esforzados
De la hebráica Betulia defensores,
Cuando vieron sus muros atacados
Por extranjeras hordas de invasores;
Pero á la lid se aprestan confiados
En El que hace vencer los vencedores,
Y logran con su auxilio de improviso
Exterminar al pueblo incircunciso."

"Pocos eran también los que más tarde,
Refugiados de Asturia en la montaña,
Haciendo de valor heróico alarde
Librar juraron de opresión á España;
El pátrio fuego que en sus pechos arde
En cada acción les inspiró una hazaña,
Y fué del agareno ardiente rayo
El valor de los hijos de Pelayo."

"Al combate, á la lid, fuertes varones;
Vuestro culto sagrado se pretende
Cambiar por el error ¡sus, campeones!

Es justa vuestra causa y la defiende
El que eleva y abate las naciones:
Sobre vosotros su favor extiende
El poderoso Dios de las batallas
Y protege su escudo estas murallas."

El intrépido ardor, el noble aliento
Que el corazón del adalid encierra,
Cual eléctrico fluido en un momento
Corre veloz la borinqueña tierra:
A todos se trasmite, un solo acento
Repiten ya mil voces: ¡guerra! guerra!
Y, de la patria al sacrosanto nombre,
El pueblo se levanta como un hombre.

De las playas del Sud á las del Norte
Y de oriente al ocaso, á la pelea
Todo el mundo se alista; una cohorte
Ofrece de valientes cada aldea;
La marcha apresurar de su consorte
La tierna esposa con afán desea,
Y, si lícito fuera en esta zona,
Ella también tornárase amazona.

La anciana madre, llena de alborozo,
Saguntina matrona en la bravura,
Al hijo de su amor, imberbe mozo,
Apresta á combatir; dicha más pura
No sintiera jamás ni mayor gozo
Que al ceñirle la espada, y si ternura
Al momento mostró que le bendice,
También con firme voz así le dice:

" La Patria te reclama; cobardía
Y de infamia padrón fuera negarte:
De viles irruptores la osadía
Arrebatarle quiere su estandarte:
Ella á sus hijos su salud confía,
Su guarda ellos serán y su baluarte:
No de un caribo se dirá valiente
Que el peligro esquivó cobardemente.

Yo la vida te dí, mucho te quiero:
Eres de mi vejez sola esperanza,
Mas hijo de la patria eres primero:
Parte y renombre de valor alcanza;
En el mayor peligro sea tu acero
El que muestre más brío y más pujanza:
Lidia por tu país como lidiaron
Los que la Grecia en Maratón salvaron.

La vista de la muerte no te asombre,
Que es gloriosa la muerte del soldado.
La vida sin honor ¿qué vale al hombre?
Morir primero que vivir manchado;
Mas no temo por tí, sé que tu nombre
Conservarás ileso, inmaculado;
La egregia palma alcanzarás guerrera,
O morirás al pié de tu bandera."

Rasgos de tan sublime patriotismo
El recuerdo producen á mi mente
De la antigua Cartago, que, así mismo,
Siendo cercada por Scipión potente
A tan alto llevara el heroismo,

Que, faltando las cuerdas á su gente
Para tender los arcos, sus cabellos
Cortan las hembras y las tejen de ellos.

O bien de la inpertérrita Numancia
Los sacrosantos bélicos ardores,
Cuando, siendo modelo de constancia,
Lidió contra profanos irruptores,
Hasta que vió caer con arrogancia
Al postrer de sus bravos moradores;
Y entonce, *horror de Roma fementida,*
Quiso antes ser quemada que vencida.

Albercombry, entre tanto, la respuesta
De Castro recibió, y enfurecido,
Viendo trocarse en decepción funesta
Su ensueño de ambición dulce y querido,
Sus tropas luego al desembarco apresta,
De loca rabia y de despecho henchido
Esperando que logren los estragos
Lo que no consiguieron los amagos.

Sus bajeles, inmensos batallones (5)
Vomitan en tropel sobre la tierra,
Y morteros, y obuses y cañones
En cuyo seno destrucción se encierra;
Con tan copioso tren de municiones
Y de elementos de exterminio y guerra,
Que al mirarlos reunidos se pensara
Que el heleno otra vez á Ilión sitiara.

Al compás de tambores y atabales,
Las legiones ordénanse guerreras

En los vastos parduzcos arenales
Que forman de Cangrejos las riberas;
Allí establecen sus tremendos reales
Y enarbolan ufanos sus banderas,
Que de hacer tremolar están seguros
Del Morro y San Cristóbal en los muros.

Truena al fin el cañón, y de las balas
Se escuchan los horrísonos fragores
Que, atravesando las etéreas salas,
Conducen de la muerte los horrores.
¡Angel de Borinquén, tus blancas alas
Tiende sobre sus bravos defensores!
¡El susto y el pavor de ellos aleja
Y tu invisible mano les proteja!

Presta á su jefe, en el fatal momento,
La constancia feliz, la ciencia rara
Que el nombre de Guzmán, por su ardimiento,
En la hispana nación eternizara;
Préstale de Paredes el aliento,
El arrojo de Córdoba y de Lara
Que brillan en los fastos españoles
No ya luceros, coruscantes soles.

Y vosotros, riqueños belicosos,
En medio de la lid tened presente
Que á vuestros nobles hijos generosos
El baldón legaréis ó fama ingente:
Recordad que dos mundos anhelosos
Os ven y os juzgarán, en vuestra frente

El sello colocando de anatema,
O de los héroes la inmortal diadema.

¡ Gloria eterna y renombre al denodado
Que por la Patria con valor lidiare !
¡ Maldición, ignominia al que menguado
De los peligros á la faz temblare !
Mas nó, no hay nadie que de honor sagrado
En Borinquén la senda desampare:
Todos lidiar por sus penates quieren,
Todos la muerte al deshonor prefieren.

Hélos, hélos allí; ni un solo instante
Su fuerte pecho á conmover alcanzan,
Ni hacen palidecer ningún semblante
Las muertes mil que los ingleses lanzan;
Con anhelo al contrario palpitante
A granadas y bombas se abalanzan,
Disputando á quien antes acometa
A quitar de su gola la espoleta. (6)

En vano el genio del pavor infando,
Para eclipsar su intrepidez gloriosa,
Se presenta á sus ojos incendiando
De sus vituallas provisión copiosa;
En vano sus hogares estragando
Y á torrentes la sangre generosa
Vertiendo de Caribos, su bravura
Y noble ardor adormecer procura.

El silbo de las balas les placía
Cual veteranos en la lid curtidos;

Era música llena de armonía
El estruendo del bronce á sus oidos:
Y cuando estragos el Inglés sufría
Por fuegos de la plaza producidos,
Era de oirse cual de todos puntos
Miles de vivas resonaban juntos.

Si los ojos levantan á los cielos,
Se aumenta del ardor, la llama pura,
Creyendo que sus ínclitos abuelos
Complacidos les ven desde la altura,
Y al contemplar su áfán y sus desvelos
Con acentos les dicen de dulzura:
" Honrad, ¡oh hijos! vuestra estirpe bella;
" Salvad la Patria ó pereced con ella."

Y volcanes entonces se tornaban
De ardientes lavas sus marciales pechos,
Los ámbitos del muro reputaban
A su noble impaciencia asaz estrechos,
Y en crüentas salidas anhelaban
Campo más vasto á tan grandiosos hechos,
Que, corriendo del Orbe los confines,
Llenasen de la fama los clarines.

¡Oh, quién me diera del sublime Tasso
La dulce voz, la inspiración divina!
Yo siguiera mis héroes paso á paso
En su marcha de glorias peregrina,
Y en ellos tantas encontrara acaso
Como en los suyos el de Palestina.

Probando que igualaron en denuedo
A Bouillón, á Reinaldo y á Tancredo.

La emulación dijera sorprendente
Con que todos anhelan á porfía
El peligro arrostrar más inminente
Para ostentar más grande bizarría;
Y dijera también el impaciente
Contínuo afán con que el soldado ansía
Ser preferido á defender los puestos
A los fuegos contrarios más expuestos.

Con dulcísima cítara cantara
Los arrojos gloriosos, inmortales,
De Toro, de Linares y de Lara,
De Ortega, de García y de Canales,
Y del Díaz aquél, que eternizara
La fama de su nombre en los anales,
Acometiendo con valor estóico
El empeño más árduo y más heróico (7).

Y en estrofas cantara inolvidables,
Inspirando mi musa estro divino,
De Pérez las proezas admirables
Y de Hurtado, el intrépido marino,
Y los hechos que hicieron memorables
A Vizcarrondo, Mascaró y Andino,
Y mil que he de callar, pues su resumen
No cupiera de un canto en el volumen.

CANTO 3º

Maquinación del infierno contra los sitiados.—Rogativa.—Protección de María.—Derrota de Nemrod.

En tanto Lucifer, en el inmundo
Antro de las tinieblas en que mora
Y donde Dios le permitió que al mundo
Dirija su mirada escrutadora,
Sintióse herido de dolor profundo
Al ver que fracasaban en mal hora
Sus inícuos proyectos infernales
De envolver á Carib en duros males.

Y juntando la turba de precitos
Que obedecen humildes á su mando,
Dijo con fuertes espantosos gritos
Que hacen temblar al cavernoso bando:
"Compañeros, espíritus malditos!
¡Cómo tranquilos os estáis mirando
Que así de Borinquén la bizarría
Me estorba uncirla á la carroza mía?

"Inútil fuera concitar yo mismo
Contra esa muchedumbre de cristianos
Los celos, la soberbia, el egoismo,
La venganza crüel de los britanos.
Triunfa de su furor el heroismo
De un puñado de hombres, que, así ufanos,
Su nombre elevan á tan grande altura
Que será asombro de la edad futura.

" En vano un corazón envilecido,
Y riqueño no fué, pudo encontrarse,
Que, del oro britano seducido,
A la negra traición quiso prestarse;
Su trama fracasó, y envilecido,
De su crimen las pruebas al hallarse (8),
Su nombre todo el pueblo, como era óvio,
A execración condena y al oprobio.

" ¿ Qué me resta que hacer? Un solo medio
Alcanzo á discurrir en mis rencores:
A la vez que se estreche el duro asedio
Y redoble el britano sus furores,
El pánico terror láncese en medio
Del pueblo de Carib; con sus horrores
Que habré por fin de conseguir no dudo
Lo que la fuerza y la traición no pudo.

" A tí, cumple, Nemrod, ángel del miedo,
Llevar á cabo empeño tan preciado;
Corre, no tardes, y al sin par denuedo
Sustituye el pavor que tú has creado:
Astucia, fuerza, coacción, enredo,
Para tan alto fin nada es vedado;
Lo que hiciste otra vez en Guadalete
El triunfo en Puerto-Rico me promete.

" Presenta de sus héroes á los ojos
El espantoso mal que les espera;
Díles que por laurel de sus arrojos
La muerte sólo encontrarán severa;
Que ríos correrán de sangre rojos

Sin que gloria les dén; con voz austera
Díles cuánto conduzca al grande objeto
De poner su valor en duro aprieto."

Aplausos rinde el consistorio horrible
A este discurso de Satán impuro;
El numen del pavor con faz terrible
Deja la estancia del erebo obscuro,
Y, tres veces cerniéndose invisible
En rededor del borinqueño muro,
Buscaba sitio y ocasión propicia
Para dar curso á su infernal malicia.

Mas, doquier que miró, rostros severos
Sólo encontraba, y pechos de diamante,
Impávidos soldados y guerreros
Y un pueblo grande, de valor radiante;
Y ya pensaba con enojos fieros
Volverse al orco, cuando vió delante
De la ínfima plebe un débil grupo
Y artero en él introducirse supo.

Incáutos ellos, su palabra oyeron
Cuando astuto y falaz hizo presentes
Los muchos bravos que en la lid cayeron,
Cuánta sangre vertióse de valientes,
Cuán terrible desastre produjeron
Los cañones ingleses prepotentes;
Y con negros colores les pintaba
La suerte que á ellos mismos esperaba.

Al propio tiempo, de su boca inmunda
El mefítico aliento que se exhala

Cual impalpable atmósfera circunda
Al infeliz riqueño que lo inhala;
El desaliento y la inquietud profunda
En su pecho filtrándose, que el ala
Del vampiro noctívago produce,
Y que la fuerza y el valor reduce.

Lo pasado á sus ojos les revela
Horóscopo de suerte aun más penosa,
Y en ellos el espanto se rebela
Cual mal pisada sierpe venenosa:
Un profundo terror sus almas hiela,
Se empieza á murmurar, y, horrible cosa,
Que es ya temeridad se dice y piensa
Insistir por más tiempo en la defensa.

Sonrió Satán, en la infernal caverna,
Su torpe anhelo al contemplar logrado;
Tembló la virgen de Luquillo tierna
Que su blanco cendal previó manchado
Con borrón negro de ignominia eterna
Que le quiere imprimir su pueblo amado,
Y los ojos cerró con triste lloro
Por no ver el puñal de su desdoro.

Que si en pocos aún el ardimiento
Y la llama de honor vacila ¡guay!
Que en la degradación y el desaliento
De contagio fatal gérmenes hay;
Y si salta una chispa en un momento
Mil hogueras enciende: entonces, ¡ay

De Borinquen! Su gloria y sus blasones
Se trocarán en mengua y en borrones.

Y ese mónstruo del báratro nacido
En el hediondo fango ocultamente,
Empezaba á fijar el pié atrevido
En esferas más altas imprudente,
Y lo que ayer dijérase al oído
Hoy se escucha decir públicamente:
Otro paso de más, y basta y sobra
Del heroismo á derribar la obra.

Cunde el contagio; el General se espanta;
Y los buenos con él; mas, conociendo
Que es el origen de desgracia tanta
El despecho y furor del orco horrendo,
Por conjurarlo ocurren á la santa
Protección de los Cielos, y reuniendo
Al pueblo de Carib, con ánsia viva
Emprendieron devota rogativa.

Bien estorbarlo procuró el averno,
Mas, fué inútil su afán: la grey piadosa
Al templo del Señor con celo tierno
En confuso tropel corre anhelosa,
Y la Señora del Empíreo eterno
Llevando en procesión, le ruega ansiosa,
Disipe aquel vapor que viene obscuro
A empañar de su gloria el cielo puro (9).

El maléfico espíritu atrevido
Una derrota sospechando acaso,

Con humanos disfraces revestido
La procesión seguía paso á paso;
Y su proyecto al recelar perdido
Por si alcanza á evitar duro fracaso,
Astuto se dirige á todas partes,
Doquier empleando sus malignas artes.

Mas el humo del místico incensario
Que ante la Vírgen arde, le sofoca;
Atúrdenle las voces del Rosario
Que canta el corazón más que la boca,
Y aterrado, su espíritu nefario,
Inmóvil se quedó como una roca
Cuando elevando su mirada negra
El rostro vió de la que al cielo alegra.

El alígero Arcángel, entre tanto,
Custodio y guardia del caribo suelo,
Sus oraciones presentó y su llanto
A la divina Emperatriz del Cielo,
Que, sacudiendo el perfumado manto,
Hácia los astros remontó su vuelo,
Y agenollada ante el sublime trono
Así de Puerto-Rico habló en abono:

"De Borinquén los hijos tu paciencia
Con sus culpas, Señor, han irritado;
Mas no olvides también que su creencia
Y santísima fe nunca han negado:
En su favor imploro tu clemencia
Pues humildes mi nombre han invocado,

Y esperan de mi amor y patrocinio
Vencer á los que buscan su exterminio."

La faz estaba de Jehovah severa
Cuando á sus plantas se arrojó María;
Mas súbito tornóse placentera
De su voz al oir la melodía,
Y, tomando su mano, en que imprimiera
Un ósculo filial, le respondía:
"Nada os puedo negar, Madre y Señora;
Salvadlos, pues os place, en buena hora.

Potestades del orco, os desafío
Vuestra intención á realizar funesta;
Ya extinguir no podréis el fuerte brío
Que es de Carib divisa manifiesta:
Vano será vuestro furor impío:
La Madre de Jesús favor le presta,
Y no hay poder, sabedlo, en todo el orbe,
Que iguale á su poder, ó que le estorbe.

Apenas el Eterno pronunciara
Con dulce voz el salvador decreto,
Volvióse á un Angel de belleza rara
La esposa celestial del Paracleto,
Y para obedecer lo que ordenara,
Inclinándose ante ella con respeto,
Baja del cielo en zafirina nube
De Puerto-Rico el tutelar Querube.

Y al infernal espíritu encontrando
Inerte y aturdido en nuestra tierra,

La flamígera espada ante él vibrando
Le aturde más, confúndele y aterra;
Y con mano potente al pié nefando
Férrea cadena le aplicó, y encierra,
Magüer los gritos de su labio hediondo,
Del tártaro profundo en lo más hondo.

Así destruido su letal influjo,
Felice cambio de repente se obra;
Disípase la niebla que produjo
El mortal desaliento y la zozobra;
El prístino valor se reprodujo
Y el pueblo de su angustia se recobra,
Veloz corriendo hácia los muros altos,
Sediento de peligros y de asaltos.

CANTO 4º

Combate decisivo.—Triunfo.—Acción de gracias.

Quince veces el sol, padre del día,
Desde la etérea fúlgida techumbre
Con sus rayos de luz dorado había
Del risueño Luquillo la alta cumbre:
El cerco cada vez más duro hacía
La sitiadora inglesa muchedumbre:
Empero del sitiado la constancia
Se aumentaba también, y la arrogancia.

De Albercombry por fin ya la fiereza
A su colmo llegaba, despechado
Al ver la intrepidez y la firmeza

Con que el Caribo audaz le ha contrastado.
A desconfiar de la victoria empieza,
Y, más por eso mismo exasperado,
Ordena furibundo en sus rencores
Apurar del asedio los rigores.

Era la noche: el horizonte ardía
Como una pira inmensa, fulgurante;
Los aires sin cesar ensordecía
El fragor de sus fuegos rimbombante;
Cien valientes de menos producía
Su mortífero bronce á cada instante;
Que en esa noche de furor aciago
Golpe no hubo que no hiciera estrago.

Mas los desastres ya no debilitan
De los fuertes atletas la pujanza,
Antes por el contrario más concitan
Su sed de destrucción y de matanza,
Pues sus muertos paréceles que gritan
Pidiendo de su sangre la venganza;
Arrójanse en tropel á los cañones,
Y no son hombres ya, sino leones.

Y, cual toro que herido en el costado
Por acerada punta, se enfurece,
Y embistiendo otra vez más esforzado
La tierra esparce y el bramido acrece;
Así, cuando sucumbe algún soldado,
Reanímanse los fuegos, y parece
Que si una pira inmensa fuera había,
Un tremendo volcán adentro ardía.

Tremendo, sí, que sus fulmíneas balas
Estragos causan al inglés tan duros
Cual si la misma soberana Palas
Las impeliera de los altos muros;
Y sacudiendo sus enormes alas
Con golpes redoblados y seguros,
La muerte allí fijaba su dominio
Y vertía la copa de exterminio.

Y su derrota inevitable viendo,
Se enfurece el de Albión; ruge incesante
De sus cañones el horrible estruendo
Y de mil balas el silbar tonante;
Ruina espantosa, cataclismo horrendo
Amenaza á Carib á cada instante;
Mas ese esfuerzo de la rabia impía
Las convulsiones son de su agonía.

¡Sús, paladines de Carib gloriosos!
No desmaye el valor, tened presente
Que á vuestros hijos, nobles, generosos,
Renombre legaréis de gloria ingente:
Recordad que dos mundos anhelosos
Su fallo van á dar, de vuestra frente
Alejando por siempre el anatema
Para ceñirla de eternal diadema.

¡Sús, otra vez! A vuestro triunfo nada
Hay ya sobre la tierra que se oponga;
Un esfuerzo, otro más, y esta jornada
Tal vez la historia en paralelo ponga
Con aquella inmortal en que humillada

Fué la raza de Agar en Covadonga,
Y hará famosos los riqueños valles
Cual los de Cerinola y Roncesvalles.

Un esfuerzo, otro más, y altivo y fiero
En las negras entrañas del Leopardo
El inocente tímido Cordero
Clavará agudo venenoso dardo,
Y su frente después al mundo entero
Mostrará ornada de raurel y nardo,
Dando glorioso, desde su ígnea zona,
Ejemplo á Zaragoza y á Gerona.

Gloria, gloria al riqueño, que impetuoso
Hizo ese esfuerzo con tan grande brío
Que los hijos de Albión con pavoroso
Estruendo caen en el bando impío,
Como las hojas en el bosque umbroso
Al récio embate de huracán bravío;
Y en sus reales el miedo se difunde,
Y desorden confuso en ellos cunde.

El alba duerme aún, cuando nutrido
Fuego contrario de repente cesa,
Y se percibe insólito ruido
Y agitación en la falange inglesa:
¿Un lazo á Borinquén será tendido,
O es que desisten de su hostil empresa?
Diràlo el día, que al abrir su broche
Disipará las sombras de la noche.

Y ese día de plácidos fulgores
Llegó á alumbrar el triunfo más glorioso;

El bando de profanos irruptores
A reembarcarse corre presuroso
Con semblantes que pintan los terrores
Y el sello del espanto pavoroso
Que la muerte produjo al rey maldito
El Mane, Thecel, Phares viendo escrito.

¡Salve, joyeles de la Patria! Al cabo
Al Támesis soberbio escarmentásteis;
La cadena terrible del esclavo
Que imponeros quería, quebrantásteis;
La corona inmortal que ciñe el bravo
En esa fausta noche conquistásteis;
Y si un sol alumbró vuestro conflicto,
Otro sol os alumbra, pueblo invicto.

¡Salve otra vez! Mirad, no corre, vuela,
En su fuga el inglés precipitado:
Plantas de ciervo ó rápida gacela
El insólito miedo le ha prestado:
El fantasma invisible que le hiela
Su razón de tal modo ha perturbado
Y con vértigo tanto le arrebata
Que alhajas deja de preciosa plata (10).

Y sus tiendas también dejó guerreras,
Prisioneros y heridos á montones,
Su pólvora, tambores y banderas,
Sus vituallas, sus armas, sus frisones,
Y montados aún en las trincheras
Sus morteros, obuses y cañones

Que hoy adornando vuestros muros veo
Cual de victoria espléndido trofeo (11).

Esas lenguas de bronce inacallables
En altas voces sin cesar pregonan
Las ínclitas proezas admirables
Que del riqueño la bravura abonan,
Y con láuros por siempre inmarchitables
Sus sienes impertérritas coronan,
Publicando que son al orbe entero
Tipos de la lealtad y honor guerrero.

¡Ninfas de Borinquén! Cubrid de rosas
El paso de los bravos triunfadores;
Lindas guirnaldas les tejed graciosas
De verde mirto y tropicales flores,
Y, ciñendo sus frentes victoriosas,
Vuestros labios les digan seductores:
"¡Así premia el honor y la bravura
De sus fuertes campeones la hermosura!"

A los hijos del siglo venidero
La historia trasmitid de esta batalla;
Decidles que más grande y más guerrero
Que el pueblo de Carib ninguno se halla;
Y por glorioso lema verdadero
Grabad sobre sus puertas y muralla
Con letras de oro y de diamante rico:
ES MUY LEAL Y MUY NOBLE PUERTO-RICO.

Y un himno de loor á la memoria
También cantad del adalid hispano,

Si de su ínclita patria prez y gloria,
Orgullo de este suelo americano,
Que supo encadenar á la victoria
Y conducir con poderosa mano
Donde la estrella de la fama brilla
A los hijos egregios de esta Antilla.

EPÍLOGO.

Así, sobre el Leopardo enfurecido,
El Cordero logró triunfo esplendente:
Mas, ¿qué numen terrífico ha infundido
Ese pavor á la enemiga gente?
¿Quién en soldado transformó aguerrido
Al que rústico arado solamente
Supiera manejar? La historia calla,
Y del prodigio la razón no halla.

Pero del pueblo la creencia pía
Su victoria y laureles atribuye
Al poderoso auxilio de María
Ante quien tiembla Lucifer y huye;
A la que del error y la herejía
La cabeza infernal siempre destruye;
A la qua pisa estrellas por alfombra,
Y de quien es el sol pálida sombra (12).

Con júbilo tan dulce como raro

De esa reina del cielo inmaculada
Él atribuye el protector amparo
El éxito feliz de esta jornada,
En que el Caribo con valor preclaro
Hizo que del inglés la furia osada
Se estrellase en los pechos inmortales
De sus fuertes é invictos naturales.

Ese pueblo, por ende agradecido
Al favor de su diestra tan preciado,
Apenas los contrarios ha rendido,
El rostro hácia el Empíreo levantado,
Con ternura filial ha bendecido
Y su acento primer le ha consagrado,
Entonando por himnos de victoria
Aleluyas y Hosannas á su gloria.

Y desde el campo mismo en que valiente
Palmas cortó jamás perecederas,
Desplegando ondeantes á su frente
Las nacionales ínclitas banderas
Que supo defender bizarramente
De las audaces garras extranjeras,
En procesión devota se encamina
A la presencia de su Dios divina.

Al compás de las músicas marciales
Y al tañido del címbalo cristiano,
Entre aplausos y vítores triunfales
Abre la marcha el noble Castellano,
De tan digna manera á naturales

Y extranjeros probando que, si ufano
Hubo el primer lugar como guerrero,
También en la piedad era el primero.

¡Oh! ¡cuán sublime, cuán hermoso y tierno
El cuadro fué que en tan glorioso día
Presentaba Carib, con celo interno
Himnos cantando á la sin par María,
Madre sin mancha del Cordero Eterno,
De los tristes solaz, á quien debía
Que, debeladas las terribles greyes,
Se salvasen su honor, su fe, sus leyes!

Allí los paladines aguerridos,
Humilladas las frentes belicosas,
Del humo de la pólvora ennegridos
Y cicatrices ostentando honrosas,
Dirigen al Altísimo rendidos
Eucarísticas preces fervorosas,
De bravura en el campo ayer ejemplo,
Dechados de piedad hoy en el templo.

Y la voz del Pontífice, inspirado
De santa unción y de elocuencia rara,
En el cristiano pueblo congregado
Emoción tan dulcísima causara,
Que de todos los ojos ha arrancado
Lágrimas de placer, cuando probara
Que á la que en su piedad Madre apellida
Tan insigne victoria era debida.

Victoria singular, que eternamente
Del bizarro Caribo la memoria
Hará pasar á la futura gente
Entre nimbos purísimos de gloria:
Victoria memorable y sorprendente
Que, grabada en los fastos de la historia,
Es el topacio más brillante y rico
Que ostenta en su corona Puerto-Rico.

